



## **DEDICATORIA:**

A ti, Papá, que has sido, eres y serás mi referente y mi guía en la vida.

A ti, María José, mi esposa, compañera y amiga, por todo tu apoyo, comprensión y ayuda.

A Mis Vidas, vosotros, Mi Nerea y Mi Antonio, mis hijos, mis preocupaciones y mis alegrías.

A mi Hermana, mis cuñados, mis sobrinos, mis padrinos, mis suegros, mi familia y a mis amigos, que son muchos, gracias a Dios.

¡Y también al Cielo! Sí, a ti, primo José Antonio “El López”, por ser el espejo en el que siempre me miraba y, por supuesto, ¡Cómo no! A ti, Mamá, que has sido y serás mi amor eterno.

A todos ellos vaya dedicado este Humilde Pregón.

## **PRÓLOGO:**

Celebrando un año más un tiempo litúrgico de Cuaresma, dentro del calendario cristiano, y a escasos días de que volvamos a vivir una nueva Semana Santa, semana donde los cristiano exteriorizamos nuestra fe, nuestras creencias, tenemos nuevamente la oportunidad de hacer una reflexión sobre nuestros actos, sobre nuestros sentimientos o sensaciones, de resetearnos, convertirnos y volver a Dios.

En esta Semana Santa, en la que revivimos la Pasión de Cristo, le pedimos que nos enseñe a amar como Él nos ama, a perdonar como Él nos perdona, a ser humildes como Él lo fue. Que podamos acompañarle en su camino al Calvario, no con palabras vacías, sino con el compromiso de nuestras vidas. Es momento de interiorizar y reconocer las faltas, sin excusas, sin remordimiento, sino con el fin de purificarnos y acercarnos a Dios, permitirle entrar en nuestros corazones y creer en Él. En esta Semana Santa, queremos seguir sus pasos, caminando junto a Él, bajo el peso de la cruz, pero también con la esperanza de la resurrección y la vida nueva.

Él nos: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”*

Por eso, en estos momentos, saltándome un poco el protocolo de estos casos, y con la venia de todos vosotros, me dirijo a Él, a Nuestro Señor de la Humildad, para rogarle que les conceda, a todos

nuestros queridos hermanos difuntos, un descanso en las tareas que les hayas encomendado ahí arriba, y les permita asomarse a ese Balcón de la Gloria para que yo los pueda sentir aquí, a mi lado, y podamos disfrutar todos juntos en Hermandad, entre estas cuatro benditas paredes.

¡Por favor, Señor! Sé que todos ellos están en tu reino ¡si, a tu lado!, que un día los llamaste de este mundo, para participar con los Santos de la luz eterna, como le prometiste a Abraham y a su descendencia, por eso hoy te pido Mi Señor que les des un ratito, y que podamos rememorar las vivencias y enseñanzas que recibí de todos ellos, y especialmente con los que más trato tuve, sin que nadie se me enfade, si alguien se me olvida, pero creo que es de bien nacidos el ser agradecidos, y sin ellos hoy esto no tendría sentido:

- Mi Mami, Mi Gordita ¡Cómo no!
- Mi Primo José Antonio López.
- Mi Tito José.
- Mi Tito Antonio “El López del Butano” y mi tita Rocío.
- El Tito Cipri.
- Mi Tita María.
- La abuela Jacinta.
- Mi Pepa.
- Angelita Galocha, Angelita “de la Farmacia”.
- Eduardito.
- Manolo Pinilla.
- Manuel de “Pepito Canto”.

- Pepe “de la cerveza”.
- Antonio “de la Huerta Grande”.
- Leocadio “El Farmacéutico”.
- Rosario “del Juez”.
- Carmen “Vecina de esta nuestra Casa Hermandad”.
- Diego “Roio”, Diego “el practicante”
- José Manuel “El Mellizo”.
- Andrés “Sacristán”.
- Nuestro querido Pepe Navarro.
- Entre otros que seguro se me habrán escapado y que pido disculpas si a alguien he molestado, porque no ha sido mi intención.

Y ahora sí que estamos todos y, por eso, a vosotros me encomiendo:

¡Aquí estoy Señor! Me presento ante ti, mi Cristo de la Humildad, y como no ante ti, Nuestra Madre de los Dolores, y me inclino, con mi corazón humilde, para pedirte perdón por mis pecados y, arrepentido de todos ellos, me ayudéis a ser mejor cristiano.

Amado Dios de infinita bondad, me presento ante Ti en esta bella tarde, para darte gracias por el hermoso regalo de la vida. Tómame de la mano y llévame por camino seguro, guíame en cada una de las palabras que hoy voy a pregonar. Por favor, derrama tu amor, tu entendimiento y tu prosperidad sobre todos los que hoy aquí me acompañan. Gracias, Dios, por este día, por tu constante guía y por tu eterna compañía.

A ti, Madre, te pido que me arropes con tu manto morado y me hagas sentir tu amor eterno, como si de ella se tratase.

Si, sé que no me soltaréis, que estaréis a mi lado y que el Balcón de la Gloria está expectante para que dé comienzo mi humilde pregón. Así que pido vuestra bendición para proceder con tan difícil, y a su vez, gratificante tarea.

En el Nombre del Padre, del Hijo y del **Espíritu Santo.**

## **SALUDOS:**

Señor Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías y Hermano Mayor de mi, también, Hermandad de Vera-Cruz, amigo José Manuel.

Señor Hermano Mayor, estimado D. Alfredo Jiménez, y Hermanos de la Junta de Gobierno de mi querida Real, Antigua y Fervorosa Hermandad Mariana y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Humildad, Nuestra Señora de los Dolores, Dulce Nombre de María y Santiago Apóstol.

Señora Concejala-Delegada de Cultura, Festejos, Participación Ciudadana y Mayores, estimada D<sup>a</sup>. Inmaculada Galocha Sánchez, y miembros de la Corporación Municipal.

Señores Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades invitadas, agradecer especialmente, la asistencia de los Hermanos Mayores de mis otras hermandades, D. Alfonso Benítez Cubero, de mi querida Hermandad de la Borriquita, y D. Benjamín Domínguez Peña, de mi Hermandad Sacramental.

Querido amigo D. José Manuel Ortega Seda, Pregonero de esta próxima Semana Santa.

Admirados pregoneros anteriores.

Familiares, amigos, Hermanos en Cristo todos, estáis en vuestra casa, buenas tardes.

## **AGRADECIMIENTOS:**

En primer lugar, quiero agradecer a mi mujer que haya aceptado esta difícil tarea de presentarme en el día de hoy. ¡Muchas gracias, María José!

Como ya me recomendó mi amigo Antonio Reyes Reyes, un día desayunando, en el Bar de El Casino, cuando me dijo: “escoge el presentador o presentadora que quieras, sé que puedes tener muchos en tu cabeza, pero yo te voy a dar un consejo, ¿quién mejor que tu mujer? ¿quién te conoce mejor que ella?, y además una “veracruzista”, eso estaría maravilloso”, y no se equivocaba. Creo que todas esas palabras que hoy me has dedicado, han salido de tu corazón y se han alojado en el mío.

Al igual que tu me has descrito en tu presentación, si yo tuviese que describirte a ti, para los que no te conocen personalmente, lo haría con las siguientes palabras: “Amiga de sus amigos, con un corazón enorme y siempre dispuesta para ayudar a los demás”.

Muchas gracias por tu día a día, por tu amor y por tu compañía, en los buenos y en los malos momentos, en la distancia y en la cercanía, por saber entenderme y aguantarme con mi cabezonería, y como bien me dice tu madre, que suerte la mía, que Dios te pusiese en mi camino, y me llevase lo mejor que cualquier hombre desearía.

Gracias por todo lo que me has aportado durante estos 30 años que llevamos juntos, parece que fue ayer

cuando empezamos a salir, siendo dos niños, y mira hasta donde hemos llegado, con nuestros altos y bajos pero siempre juntos, agarrados, y eso es lo que te pido, que no me sueltes las manos, Chiqui, que yo no soltaré las tuyas, si hay algo de lo que estoy seguro es que quiero envejecer a tu lado. TE QUIERO.

Y, por supuesto, gracias por haberme hecho el hombre más feliz del mundo al darme estos dos tesoros de hijos, nuestra Nerea y nuestro Antonio, que, con sus más y sus menos, como cualquier niño, son los que mueven nuestras vidas día a día, ¡Os quiero con toda mi alma!

Gracias por la condición y el corazón que tenéis, por ser niños responsables, humildes y preocuparse por los demás en todo momento, ¡Mis niños, no cambiéis nunca!

El corazón de un buen cristiano debe basarse en tener una serie de valores como son humildad, respeto, empatía, amor al prójimo, caridad, ayuda, limosna, compañerismo, honestidad, sinceridad y confianza, y pienso que vosotros vais acumulando muchos de ellos, acorde a vuestra corta edad, y de lo cual, mami y papi, estamos súper orgullosos de vosotros.

No dudéis nunca en acudir a nosotros ante cualquier duda, cualquier problema, cualquier error que hayáis cometido, por muy grande que sea, aquí estaremos para aconsejaros, ayudaros y perdonaros, porque nuestro amor es incondicional hacia vosotros,

como el del padre hacia el hijo, en la Parábola del Hijo Prodigio. Así nos lo enseñó Él.

Como no agradecer a la Junta de Gobierno de esta mi hermandad, por haberme hecho el ofrecimiento de ser el pregonero en este año 2025, el que supone el pregón número 33, igual que la edad con la que murió Jesús ¡Bendita coincidencia!

Año en el que estamos celebrando el Jubileo 2025, bajo el lema “Peregrinos de Esperanza”, y como nos dice el Papa Francisco, en la Bula de Convocación *“Que el Jubileo sea para todos, ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones.”*.

Pues bien, como venía diciendo, todo ello ocurrió un día diferente, por eso de ser año bisiesto, concretamente fue el día 29 de febrero del año pasado, cuando una tarde, mientras se estaba montando el altar para los cultos del triduo a nuestro Santísimo Cristo de la Humildad, y mis hijos estaban ensayando como acólitos para esos mismos cultos, a los cuales vine a acompañarlos, se me acercan nuestro Hermano Mayor, Alfredo, y nuestro amigo Alberto, también miembro de Junta, para comentarme que han pensado en mí para proponerme, como el próximo pregonero, en la próxima Junta de Oficiales.

Me dicen que si quiero pensármelo, pues que me dan unos días, pero que no me lo piense mucho porque están los días encima y si digo que no pues tienen que

tomar otra decisión, además que ellos quieren que diga que sí.

A lo que yo les respondo que, como ya dije en otro momento que me lo ofrecieron, hace ya unos años, en mi casa ya ha habido una pregonera, que fue mi Hermana, allá por el año 2003, y en aquel momento dije que no, pero que ahora solo digo que si hay alguien más en quien hayan pensado y quiera hacerlo pues para adelante, que yo no tengo problemas, ni quiero ponerme delante de nadie, pero que si me lo están planteando así de esta manera, que no me lo pienso más, que sé que es una difícil tarea pero que no me lo pienso, que ahora mismo tengo presentes a mis padres y que si digo que no otra vez, tal vez me arrepienta si ocurre algo y ya no los tengo.

A lo que seguidamente nos damos un abrazo de alegría y me piden que no diga nada hasta el próximo Domingo de Resurrección, que será, durante el traslado de las imágenes de vuelta a la Parroquia, cuando se oficialice el nombramiento. Y así se fraguó todo.

Pero resulta que van pasando los días y, cada vez que veo a alguien más o menos cercano a los miembros de Junta, me felicitan por el nombramiento, y yo diciéndoles a todos que no digan nada, que mi familia ni siquiera lo sabe, la única que lo sabía era mi mujer, porque duerme en el mismo colchón, y mis hijos porque no se les escapa nada a ninguno de los dos y lo preguntan todo.

Hasta que el Viernes Dolores, después del Vía Crucis y cuando llegamos a esta Sala, donde nos encontramos hoy reunidos, con el traslado de nuestras benditas imágenes, se me vuelven a acercar más personas nuevamente a felicitarme.

Entonces es cuando yo, una vez terminado el acto, y delante de mi Cristo de la Humildad y de mi Virgen de los Dolores, y saltándome la palabra que había dado, pido disculpas por ello, reúno a mis Padres, mi Hermana y mis sobrinos, y les informo del nombramiento, para que sea de mi boca de donde lo escuchen, a lo que me responden que ellos ya habían escuchado algo pero que no me habían querido decir nada.

Seguidamente miro a mis Padres y veo cómo rebosan de alegría y satisfacción, a mi Padre se le saltan las lágrimas y mi madre me dice: “yo solo le pido a Dios que me de salud para poder verte” ¡maldita premonición!.

Y aquí, Señor, es donde yo me he puesto un poco serio, e incluso enojado, como humano que soy, porque tan solo tres meses después a mi mami se le paraba el corazón, en cuestión de minutos, es verdad que es como ella quería, sin sufrir y sin dar ruido, pero de sopetón, como me dijo en su momento mi amigo Sebastián Sicardo: “hasta para morir se ha sido como era ella, humilde y sencilla”. ¡Vaya palo, Señor! Y es entonces cuando a veces nos hacemos las preguntas ¿Por qué? ¿Por qué ahora, no podía ser más tarde? ¿Por qué de

esta manera, no podíamos habernos despedido de ella de alguna forma?

Pero en momentos como este, los cristianos, nos agarramos a la fe y, nosotros los Humildistas, en nuestro caso, lo miramos a Él, a Nuestro Cristo de la Humildad con su espalda ensangrentada por nuestros pecados, con su mirada triste y cansada, asumiendo lo que estaba escrito, y la miramos a Ella, a Nuestra Señora de los Dolores, con sus lágrimas en la mejilla por ver sufrir a su hijo, que va a ser clavado en la Cruz.

María, con su ejemplo, nos invita a aceptar nuestros propios sufrimientos con el mismo amor y la misma entrega con que ella aceptó los suyos. No se trata de un dolor resignado, sino de un dolor fecundo, que nos purifica y nos acerca más a Dios.

Y al igual que Cristo mismo lloró en la tumba de su amigo Lázaro, nosotros pasaremos el duelo por nuestros seres queridos, es apropiado y natural en la vida, pero al mismo tiempo debemos tener la esperanza y la confianza de que nuestra relación con nuestros familiares no termina en la muerte, están con Cristo, experimentando su gozo, tenemos que descansar en la promesa de que habrá una reunión en el cielo, y que en el momento de la resurrección, todos aquellos que han aceptado a Cristo, serán glorificados y se les dará un cuerpo incorruptible. Para el cristiano, ¡Cristo ha vencido a la muerte!

Y llegados a este instante, es donde yo me tengo que detener, sí, porque tengo que dirigirme a él para

mirarlo a la cara y pedirle que me dé la mano, y no me la suelte nunca, como ha hecho hasta ahora, y decirle ¡Gracias Papi! ¡Gracias Gordo!, como yo le llamo a diario, y por qué no también ¡Gracias Ciriaco! ¡Gracias Sheriff! ¡Gracias Chato! ¡Gracias Canuto! ¡Gracias Feo! Así es como lo conocéis cariñosamente alguno de vosotros, y como sé que él se lo toma bien, aunque ya seguro que hubiese soltado algún que otro taco ¿verdad Gordo?, pues lo digo sin problemas.

¡Si amigos, este es Mi Padre! Él es el que merece estar hoy aquí arriba, y no yo, él.

Este al que todos conocéis, en mayor o menor medida, con sus defectos y con sus virtudes, pero **siempre** dispuesto a trabajar por y para su Hermandad.

Este que, a pesar de sus 83 años, y del palo que ha tenido que sufrir, recientemente, y no uno, sino dos, al ver partir tanto a su hermano José, como a su compañera de viaje durante más de 50 años, y en tan corto período de tiempo, siempre está dispuesto a participar en todo lo que, desde esta casa, su casa, se le invite. Y digo su casa porque así es como él la siente, y así es como nos la ha hecho sentir a nosotros siempre.

Este que, con poco tiempo de nacido, no dudó en apuntarme a esta Hermandad, la suya, para que desde pequeño empezase a sentirla como mía, a pesar de que a pocos metros de nuestra vivienda existía una joven hermandad, mi querida hermandad de la Borriquita, de la cual a día de hoy también soy hermano, y a la cual ya estaba apuntada mi hermana. No importaba la distancia,

sino su amor a Nuestro Santísimo Cristo de la Humildad y Nuestra Señora de los Dolores, como él les dice “su chacho y su chacha”.

Este que, desde que éramos muy pequeñitos, siempre nos ha transmitido un sentido de responsabilidad y compromiso con todo lo que se empieza, no vale dejar las cosas a medias, y así nos lo hizo beber desde el día en que se puso la primera piedra de esta, hoy, nuestra querida Casa Hermandad.

En donde anteponía el venir a trabajar a la Hermandad, sábados y domingos, después de una semana completa de jornada laboral encima de un camión, a poder descansar o disfrutar con su familia con un paseo por el campo o la playa. Algo que poco a poco, me empezó a fluir por las venas, y siempre estaba deseando venirme con él a la Hermandad, así como me encantaba que me pidiesen hacer cosas, ¡dame ese ladrillo! ¡cógeme el palaustre! ¡baja a por la regla y me la traes! y entre tarea y tarea, si podía me ponía a mover la mezcla con el rol (conocido por algunas personas como raedera), que me encantaba, eso me hacía sentir mayor y útil, además de hacer mis pequeñas trastadas cuando me quedaba solo.

Igualmente, y con la misma alegría, recuerdo aquellas riquísimas tapitas de después de la peonada, como buen obrero, ¡Anda que no lo tenía celebrado yo cuando venía! ¡No veía nunca la hora de que llegase el momento!

Pero cuando yo veía aparecer a Mari, mujer de Antonio León, o Pepa, mujer de Manuel, y a veces venía también las mujeres de Antonio Reyes Reyes o la de Pepe “de la lejía”, ya me entraba a mí la alegría en el cuerpo, esa chacina, que no es que hubiese jamón, pero no era necesario, ese chorizo, ese salchichón, ese queso, con un refresco de naranja, en aquel momento una exquisita “Mirinda” (Fanta de Naranja para la juventud de hoy), y alguna cerveza que otra para los adultos, y ¿ahora quién le decía a mi Mami que no teníamos ganas de comer porque habíamos tapeado?, pues cuando llegábamos los dos a casa, y sin que se hablase por el camino, nos sentábamos a comer otra vez aunque no hubiese muchas ganas.

¡Tenías razón Mami, habíamos tapeado algo, no nos lo tengas en cuenta!

¡Papi, ya tiene Mami el bigote levantado! ¡Y eso que no le hemos dicho que cuando no venían ellas, nos parábamos en el Bar de Metales, que anda que estaba mala la asadurita, o en La Última Peseta, que me hartaba de chochitos y avellanas!

¡uy, se me ha escapado!

¡Bueno! ¡Gordita! ¡ya lo hablamos eso en otro momento, si, de todas formas, nosotros después comíamos otra vez!

Puede que todo este gusanillo que me inculcaron entre todos, pero, fundamentalmente, aquellos con los que yo más coincidí, Manuel, Antonio León (Antonio

“Roio”), Eduardito, Gutiérrez y por supuesto mi Padre, es lo que me hace, a día de hoy, que me embarque en intentar cualquier tarea que se me plantee, así lo hacían ellos, sin importarles que tuviesen pocos conocimientos en la materia, sin pensar en las posibles consecuencias, para su casa, en el caso de un casual accidente o lesión.

Así que, muchas gracias por todo lo que me enseñasteis y aportasteis, especialmente el hecho de querer hacer las cosas sin pedir nada a cambio, ni con la idea de que te lo agradezcan, sino por el simple motivo de la satisfacción del trabajo realizado, y el valor de la amistad, que germinó en esta casa y que perdura y perdurará para siempre en el tiempo.

Esa debe ser la fuente de la que debemos beber las generaciones de hoy día, sin despreciar a los mayores, dejándoles su sitio. Debemos surtirnos de su experiencia, de su buen hacer y de sus consejos, ellos nos han llevado hasta aquí.

Debemos mirar al pasado para quedarnos con las cosas bien hechas, y para aprender de los errores cometidos, que los ha habido, e intentar no volver a caer otra vez en ellos.

Oh Señor, fuente de amor eterno,  
escucha nuestra humilde oración,  
protege a nuestros seres queridos,  
con tu manto de divina protección.

En tus manos ponemos sus vidas,  
    llénalos de salud y bendición,  
que encuentren paz en cada día,  
y en su corazón, la fe y la razón.

A ti elevamos nuestras súplicas,  
por las almas que ya han partido,  
    dales descanso en tus moradas,  
en tu luz, que encuentren abrigo.

Que su espíritu vuele en calma,  
    rodeado de tu inmensa bondad,  
y en la eternidad hallen la palma,  
    de la vida, paz y felicidad.

Oh Señor, guía nuestros pasos,  
    danos fortaleza y comprensión,  
para cuidar a nuestros hermanos,  
    con amor, fe y devoción.

En tus manos confiamos todo,  
    nuestra esperanza y oración,  
confiando en tu misericordia,  
    **y en tu infinito perdón.**

## **MI QUERIDO JUEVES SANTO:**

Está amaneciendo en Mairena. Es jueves, pero no un jueves cualquiera. Es Jueves Santo, día grande para los humildistas, ¿cómo estará hoy el día? ¿Qué tiempo hará? ¿soleado o nublado? Seguramente tendremos que estar todo el día mirando al cielo para ver si aparecen nubes o no, como todos los años, pero eso no quita que los cuerpos estén nerviosos.

Mi familia y yo nos levantamos, desayunamos con un poco de estrés, y nos empezamos a vestir para ir a la casa hermandad a ver los pasos debidamente preparados para la salida procesional de esta tarde, ¿vamos? ¿cuánto os queda? ¿habéis cogido las medallas? Nos vamos hacia la Hermandad y las caras nos rebosan de alegría.

Al volver la esquina de la Calle Esclava hacia la Calle San Bartolomé, Calle Hondilla para los más mayores y también, especialmente, para los humildistas, se ve el bullicio de gente en la puerta, ¡qué alegría! ¡cuánta gente!, y nada más pisar la puerta, allí está Él, Nuestro Cristo de la Humildad sentado en la piedra, como si nos estuviese esperando, con su mano en la mejilla, que, aunque representa cansancio, agotamiento y dolor, en ese justo instante, parece como si nos estuviese diciendo: ¡Aquí os estaba esperando! ¡Venga, ir entrando que el día ya ha llegado!

Y es en ese momento, cuando entras en esta maravillosa sala, cuando se me viene a la cabeza toda esa multitud de recuerdos de cuando era un niño de muy

corta edad, que casi no levantaba una cuarta del suelo, como si fuese ayer, cómo vivía la Semana Santa, mi Semana Santa, mi Jueves Santo y los preparativos previos al día grande de los humildistas.

Se me vienen a la mente maravillosos momentos vividos en esta bendita Casa, en los que, además de darnos unas palizas de trabajar, también obteníamos la satisfacción del deber realizado, así como íbamos entablando relaciones de amistad entre los que ahí estábamos, no solo entre los adultos, sino también entre los más pequeños, y de lo cual me siento súper orgulloso que, a día de hoy, se siga manteniendo.

Aquellas noches de montajes de altares para los cultos, con los que, a pesar de no ser de la envergadura de los que hoy en día se montan, se intentaba dar magnificiencia a nuestros titulares, estando hasta altas horas de la madrugada.

O aquellas noches en las que se quedaba para hacer las flores de cera, y en las que coincidíamos muchos niños, a los que, con la supervisión de nuestros mayores, nos encantaba hacer las hojas con los moldes creados para ello.

O también, esas largas noches de Miércoles Santo, en las que se realizaba el montaje floral de los pasos.

Recuerdo cómo mi padre, cada noche de Miércoles Santo, cenaba un poco antes de lo habitual, con la intención de venir a la casa hermandad para ayudar en la labor de colocación de las flores, yo, que siempre

estaba al quite, no se me escapaba una, y estaba deseando de ir con él a estas cosas, le preguntaba:

Papi, ¿vas a ir a la Hermandad a poner las flores?

Si ¿qué quieres? (con voz seria, y un poco seco, como habla él cuando quiere que lo dejen tranquilo y que no le compliquen la vida).

Yo quiero ir.

Eso termina muy tarde, y mañana vas a estar cansado, que mañana el día es largo.

Pues yo quiero ir. Además, mañana me puedo levantar un poco más tarde. Yo voy ¿vale?

Haz lo que quieras

Y allá que íbamos los dos en amor y compañía, yo más feliz que una perdiz y mi padre, un poco serio, como es él, pero, una vez allí, se le pasaba e incluso, después de todo, se le veía orgulloso de que compartiéramos esa misma ilusión.

Eran días de muchos nervios, y cuando llegábamos a casa a altas horas de la madrugada, algunas veces, mi madre nos estaba esperando, dándole aún el último planchado a las ropas de nazareno, poniendo todo su esfuerzo, para que lucieran lo mejor posible en la tarde del Jueves Santo. Y ella nos decía:

¡Hay que ver las horas que traéis y este niño mañana verás el día que va a pasar, pero tú no ves nunca la hora de venirte de la Hermandad!

¿Y qué hago yo? Él se ha querido venir.

Mami, pero si yo no estoy cansado y no tengo sueño. Además, verás cómo mañana estoy bien, yo no me salgo en todo el recorrido ¿vale?

Bueno hijo, a ver cómo estás mañana.

Y después de todos estos pensamientos, que, aunque parezca que es mucho tiempo el que transcurre, se pasan por la cabeza en cuestión de segundos, y trayendo nuestra mente, de vuelta a esta sala, nos paramos un ratito frente a nuestro Señor de la Humildad, nos detenemos para contemplarle, con su mirada de misericordia, con sus pies cansados que no se detienen ante el sufrimiento del mundo, y para darle gracias por habernos permitido un año más poder estar un nuevo Jueves Santo frente a Él, a sus pies, gracias por todo lo bueno que tenemos y nos ha pasado, y pedirle que nos ayude a sobrellevar los contratiempos que nos encontremos en el camino, así como le pedimos que nos ayude a ser mejores personas, que nos amemos como Él nos ha enseñado, y nos olvidemos de disputas, de rencillas, que se acaben las guerras y por la Paz en el mundo.

Señor de la Humildad, en la piedra sentado,  
tu mano en la mejilla, en silencio entregado,  
contemplamos tu rostro, sereno en la aflicción,  
reflejo de un amor que vence toda condición.

En tu mirada perdida, en la noche interior,  
se esconde la esperanza, que florece en dolor,  
no hay corona dorada, ni trono de poder,  
solo la piedra fría donde te dejas ver.

Con mano en la mejilla, en gesto de pensar,  
cargas con nuestros males, sin nunca reprochar,  
el peso de la cruz aún no ha de llegar,  
pero en tu alma santa, ya comienzas a cargar.

Oh Rey de la Humildad, en tu postura quieta,  
nos enseñas que en el alma, la verdadera meta,  
no es alzar la voz, ni buscar el resplandor,  
sino en la calma interior, encontrar al Salvador.

Tu soledad divina, es compañía para el que sufre,  
en tu quietud sagrada, nuestra fe se nutre,  
y aprendemos, Señor, en tu ejemplo bendito,  
que el camino a la gloria, es el más humilde rito.

Que al verte en la piedra, con tu mano en la mejilla,  
nuestras vidas se llenen de tu paz sencilla,  
y que al final del día, cuando el sol haya caído,  
podamos descansar en tu amor, **siempre agradecidos.**

Y después de nuestro ratito de oración a nuestro Señor, caminamos un poco más para verla a Ella, a Nuestra Madre de los Dolores, nos ponemos frente a frente, a mi me cuesta mantenerle la mirada, pero necesitamos darle gracias por cuidarnos día a día, por protegernos del mal, y asimismo le pedimos salud para todos, especialmente para los enfermos, que los ayude en su lucha diaria, y a los que cuidan de ellos, que estamos seguro que, como madre nuestra que es, no escatimará en esfuerzo.

Por cierto, Madre, esta tarde no estaré cerca de ti físicamente, por mis obligaciones bajo las trabajaderas, a los pies de tu Hijo, pero no por eso te tendré menos presente, mi capirote morado siempre irá conmigo.

Una vez realizada esta visita a nuestro sagrados titulares, es de obligado cumplimiento en mi familia hacer una visita, también, a los titulares de nuestra, también, querida Hermandad de Vera-Cruz, para rezarle un ratito al Señor de los brazos abiertos, al del abrazo eterno, al que si Dios quiere también tendré el honor de llevar sobre mi cuello, al día siguiente, junto a mis compañeros de la cuadrilla de “Los Mulos”, nombre cariñoso con el que somos conocidos, por eso de ser un poco más altos y corpulentos, sí, y por qué no decirlo, y más brutos, que el resto de costaleros, “Los Cascarillas”, cuadrilla a la cual pertenezco desde hace muy poco, pero de la cual me siento como uno más desde el primer día, y a los cuales agradezco desde aquí su acogida.

Igualmente estamos un ratito orando a Nuestra Señora de la Ancilla, y la miramos con el deseo de que, el día de mañana, podamos disfrutar de su presencia por las calles de Mairena. He de reconocer que mi amor por ellos no me ha venido de nacimiento, me ha sido transmitido por mi esposa. Su amor hacia su Cristo de la Vera-Cruz y su Virgen de la Ancilla ha sido tal que, tanto a mis hijos como a mi, nos ha hecho sentirlo como nuestro, por lo cual le doy las gracias. El espíritu del tito Agustín siempre estará presente, y seguro que su hermana Lola, su cuñado Cipriano y su sobrino Cipri no estarán muy lejos de él.

Seguidamente, y en honor al cariño que mi madre le tiene al “Jesús Nazareno de la Plazoleta”, a pesar de que nunca ha pertenecido a ninguna hermandad, nos dirigimos a la Ermita de San Sebastián para hacer la visita correspondiente a Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Amargura, y pedirles que todos tengamos una buena estación de penitencia. Este año notaremos un gran vacío cuando lleguemos, pero no me cabe la duda que mi amigo Antonio “Añicla”, desde allí arriba nos está viendo y seguro que a mi mami le está diciendo: “Lupe, ¿sabes que este año tu Jesús de la Plazoleta va a pasar por la puerta de tu casa? Pues, allí estaremos en alma para acompañar a tu familia y que disfruten en tu honor ese momento”.

Realizadas todas las visitas protocolarias, y con el mediodía echado encima, los nervios empiezan a aflorar, así que nos vamos a almorzar con la intención de terminar rápido y poder tener tiempo de descansar

un poco antes de irnos para la Hermandad, algo que se antoja algo complicado.

En ese rato que estás echado en la cama, y entre que duermes y no duermes, se te vienen a la cabeza los recuerdos de ese pequeño nazareno que una vez fuiste, con su antifaz morado puesto en todo momento y desde el primer día.

En mis primeros años, mi estación de penitencia se caracterizaba por ir prácticamente todo el tiempo agarrado de la capa de mi padre, que por aquellos entonces ejercía de diputado de tramo, cada paso que daba mi padre lo daba yo, y su capa cada vez más caída, ¡casi lo ahogo de tanto tirarle!. Y cuando se cansaba un poco de mí me decía: ¡quédate un ratito ahí en esa insignia!, con el fin de recuperar un poco de aire, y para colocarse bien la ropa y el antifaz.

Pero yo, que era bastante inquieto, no tardaba mucho en buscarlo, lo cual no me era demasiado complicado, porque le había cogido algunos detalles como los zapatos y sus andares, y ya estaba otra vez enganchado como si de una mochila se tratase ¡Vaya paliza que le daba al pobre!

Ahora entiendo que, cuando mi madre venía a darme algo de comer, normalmente a la altura de la Calle José María del Rey, quisiese que me fuese ya de recogida, pero a cabezón no me gana mucha gente, y yo le decía a mi madre que, mientras estuviese la Virgen en la calle, yo no me iba ¿qué tienes, madre, que me enamoras?.

Este pequeño nazareno de capirote morado, que acompañaba a su padre como si de un lazarillo se tratase, poco a poco se fue haciendo mayor, y me picó el gusanillo de llevar el incensario y la naveta, algo que me resultaba familiar y que ya había practicado con anterioridad, dado que asistía como monaguillo a las misas en la Capilla María Inmaculada de la Barriada, normalmente oficiadas por nuestro querido Don Luis Miguel Gómez Urbina, que Dios lo tenga en su gloria, buen cura y mejor persona, del cual aprendí mucho, sobre todo a entender que hay que intentar tratar a los demás con cariño y respeto, al igual que te gustaría que hiciesen contigo, sin distinción alguna.

Pues bien, durante algunos años tuve el gran privilegio de participar en la estación de penitencia portando el incensario e ir muy cerquita de Nuestra Madre, de poder acompañarla e impregnar de aromas su caminar, de mirarla y pedirle continuamente que no nos olvide nunca, a pesar de que nosotros podamos caer en la tentación de olvidarnos de ella, que interceda por nosotros para, cuando nos llegue nuestra hora, nos acoja en sus brazos como hizo con su hijo.

Conforme pasaban los años, y como la gran mayoría de los niños de nuestra época, se empezaba a despertar en mi interior ese deseo de, algún día, ser los pies de Nuestra Señora de los Dolores, como buen nazareno de capirote morado, y eso que en mi casa no se había vivido antes esa experiencia, algo que debía esperar unos años debido a mi corta edad. Para aliviar esas inquietudes y empezar a moldearnos en el mundo

del costal, nos iniciábamos metiéndonos en el paso del “Niño Campanillo”, paso que, a pesar de no ser muy pesado, nos suponía, como se dice hoy en día, ir creando cantera, dado que por aquellos entonces el tema de los costaleros no es que estuviese boyante en todas las hermandades, y había que ir incentivando esa ilusión de los más jóvenes por, algún día, ser miembros de la cuadrilla de costaleros de sus correspondientes hermandades.

Esta experiencia, unida a las vivencias y momentos compartidos, con mis compañeros y amigos monaguillos de Nuestra Parroquia, es la que hace decidirme por hacerme hermano de mi querida Hermandad Sacramental, disfrutando el privilegio de ser costalero del Santísimo Sacramento en su primer año, después de dejar de salir en andas.

Pues este pequeño nazareno, ya convertido en adolescente, y después de un humilde recorrido en el mundo del costal, se plantea por primera vez ir a los ensayos de los costaleros de nuestra hermandad, con la intención de, en la siguiente Semana Santa, salir a los pies de Nuestra Bendita Madre de los Dolores, pero ¿cuál es mi sorpresa? Que, cuando nos igualan en los primeros ensayos, me dicen que yo voy para el paso de Cristo, que por altura no entro en el paso de la Virgen. Y yo no quiero que te molestes, Señor, que yo te quiero con locura, pero no puedo negar que en aquellos momentos me llevé una desilusión, y a su vez tuve un sentimiento de abandono, ese nazareno de capirote morado, había dejado sola a su madre para ir junto al

hijo, como si la estuviese traicionando. Y nada más lejos de la realidad, Madre, siempre te llevo presente en mis pensamientos, ese nazareno de capirote morado volverá algún día a vestir su hábito, si mi salud me lo permite, y cogeré el lugar que me corresponda con la simple intención de sentirte cerca, de verte llegar y que la luz de tu candelería nos ilumine los ojos, los de mis hijos y los míos, esos a los que desde que nacieron no dudé en apuntarlos también a Mi Hermandad, y a los que desde el tramo de carros, con apenas meses de vida les he intentado transmitir mi Amor por Ti y Tu Hijo, pero sin que nadie se moleste, con capa, y luego capirote, morado, lo siento, mi Señor de la Humildad me tiene loco, pero mi Madre de los Dolores me cautiva, me hipnotiza.

Madre de los Dolores, Virgen Sagrada,  
en tu rostro de cielo, la pena es callada,  
tu corazón herido, espada atravesada,  
luz que no se apaga, en la noche desolada.

Con ojos de llanto, contemplas la cruz,  
donde el Hijo amado, alza la luz,  
en su sacrificio, tu alma se funde,  
dolor y amor, en tu pecho se confunde.

Oh Madre doliente, en silencio sufriente,  
cada lágrima tuya, es un río ferviente,  
que lava las culpas, que riega esperanza,  
en el valle sombrío, donde la fe avanza.

Tú que conoces el peso del dolor,  
enséñanos, Virgen, a llevar el amor,  
como llevaste tú, el más amargo tormento,  
confiando en el Padre, en todo momento.

Virgen de los Dolores, madre y señora,  
tu ejemplo nos guía, tu amor nos implora,  
que en nuestras penas, y en nuestra aflicción,  
sepamos hallar paz, en tu fiel intercesión.

¡Si, soy madrero, no lo puedo remediar!

¿Qué hago? Mi padre tiene la culpa,

él me la enseñó a amar,

él quiso que la quisiera,

**y ahora no puedo parar.**

Después de ese ligero sueño y de intentar descansar un rato, faltando ya poco tiempo para la hora de la citación, tras tomar algo de merendar, y antes de vestirnos para irnos a la Casa Hermandad, mi cabeza vuelve a recordar momentos de cuando era un niño, de cuando, aún viviendo con mis padres, se acercaba la hora de venirnos, en los primeros años, mi padre y yo, y luego también mi hermana, emprendíamos ese largo trayecto andando, desde la barriada hasta la “Calle Hondilla”, se me hacía como un corto y agradable paseo, me sentía feliz, ilusionado, alegre, algunos años también preocupado, por eso de tener que estar mirando para el cielo, no vaya a ser que empiece a llover y nos impida salir en procesión.

Ya una vez uniformados, nos dirigimos hacia la Hermandad, mis hijos con su túnica blanca, sus capirotos morados y sus zapatillas negras, y yo con mi ropa de costalero, mis zapatillas, mi faja y mi costal, he de decir que yo con un orgullo que no me cabe en el cuerpo, de ver cómo mis hijos han querido continuar la tradición de su padre y seguir a nuestra querida Madre de los Dolores.

Y cuando llegamos a la altura de la calle Esclava, se me estremece el alma, no puedo olvidar aquel fatídico día, aquel Jueves Santo del año 2005, concretamente el día 24 de marzo, en el que amanece con un sol radiante; a priori, se presenta un gran día, hoy no tendremos que mirar al cielo para ver si se acercan nubes que amenacen con lluvia la estación de penitencia.

Después de almorzar en casa, y descansar un poco, mi padre, mi hermana y yo, nos ponemos en marcha para desplazarnos hasta la Casa Hermandad. Yo conduzco mi coche, dado que voy de costalero, mientras mi padre y mi hermana van de nazarenos, y por eso los dejo en la Calle Ancha y voy a aparcar.

Seguidamente, cuando voy de camino hacia la Hermandad por la calle Esclava, escucho, de pasada, una conversación sobre un trágico accidente, no quiero escuchar mucho y sigo hacia adelante.

Una vez en la casa hermandad y a pocos minutos de que se ponga la Cruz de Guía en la calle, la trágica noticia me cae encima como si fuera una loza, mi primo José Antonio “el López”, ha fallecido este mediodía, en un accidente aéreo, haciendo un deporte que le había enganchado, ¡NO PUEDE SER! ¡NO PUEDE SER VERDAD!

Busco a mi padre y mi hermana, para hablar con ellos y, después de abrazarnos en un llanto, ellos deciden quitarse el hábito de nazareno e irse hacia el pueblo de Villamartín, en la provincia de Cádiz, que es donde se encuentran su mujer, sus padres y sus hermanas, su familia, mi familia. Yo decido hacer la estación de penitencia, decido ofrecerla por el descanso eterno de su alma, y desde aquel momento tengo que decir que el paso de nuestro Señor de la Humildad hace trampa, tiene un costalero más, un costalero más que me ayuda a levantarme cuando los kilos aprietan, un

costalero más que me acompañará mientras las fuerzas me aguanten, y que junto a mí va pegado en mi costal.

Señor, quisiste llamarlo a tu presencia un Jueves Santo, privándonos de él, a ti te pido Señor que lo tengas en tu Gloria, así como te pido salud para su familia, que es la mía, para poder soportar el dolor de su ausencia, ¡PRIMO, SIEMPRE IRÁS CONMIGO!

Pero después de este momento de pellizco intenso, respiro hondo, para que esa sensación de dolor no me embriague, agarro las manos de mis hijos, y seguimos nuestro camino. Llegados a la Casa Hermandad, y aún no muy llena de gente, lo primero que procede es mirarlos, y pedirles que nos ayuden en el día de hoy, que todo vaya bien, que no haya ningún percance, y que todos podamos disfrutar de esta expresión de nuestra fe en la calle.

Me dirijo hacia la azotea, que es donde los costaleros nos organizamos, nos hacemos la ropa, nos reparten los relevos, miramos mil veces al cielo para ver si se acercan nubes, y cuando escuchamos por primera vez los sonos de Virgen de los Reyes se nos saltan las lágrimas. ¡Esto ya está aquí! ¡Hay que disfrutarlo, que luego el año es muy largo!

Las preguntas se acumulan entre nosotros: ¿qué relevos te han tocado? ¿haces entrada o salida? ¿y la plaza? ¿y el saludo en San Sebastián? Ahora que ya llevo bastantes años de costalero de mi Cristo de la Humildad, puedo decir que me siento un privilegiado de poder estar tan cerquita de Él cada Jueves Santo. Si

digo la verdad, no sé cuántas veces he estado bajo sus trabajaderas, porque no llevo la cuenta, yo voy por sentimientos, emociones y sensaciones, y el día que vea que mi cuerpo ya no puede daré un paso al lado.

A mi modo de entender, y sin que esto moleste a nadie, las cuadrillas de costaleros son los más afortunados de todos los que participan en una estación de penitencia, es verdad que sometemos nuestro cuerpo a un esfuerzo, pero el nazareno también lo somete al suyo, unos pensarán que menor, y yo diría que diferente, cada uno toma su decisión y su camino, y debemos interiorizar que cada uno tiene su labor, sin considerar una de mayor importancia a otra, y siempre anteponiendo la imagen de la Hermandad por encima de todo. Por ello, y sin que pueda parecer arrogante, a mi modo de entender mi estación de penitencia, solo digo que:

Que más me da hacer salida,  
Alconchel, primera plaza,  
Ermita de San Sebastián,  
plaza de vuelta o entrada,  
un costero a costero, un picaíto,  
un vámonos que nos vamos  
o un paso largo andando de frente y nada más.

Pablo, Jesús, desde aquí os digo,  
dadme lo que queráis,

o lo que no quieran los demás,  
eso también me lo enseñó él,  
estar al servicio de tu Hermandad,  
yo ya soy un privilegiado  
por estar aquí abajo un año más,  
si yo solo quiero ser sus pies,  
para poderle aliviar,  
aliviarle ese dolor  
que refleja su rostro  
y su espalda ensangrentá.

Perdónanos, Señor,  
perdónanos por todo el daño que te hicimos  
y por el que no supimos remediar  
no nos abandones nunca,  
guíanos siempre en nuestro camino,  
camino de peregrinar,  
para que en los momentos de flaqueza  
y de dudas como humanos,  
siempre acudamos a ti  
y no nos soltemos de tu mano,  
te miremos a los ojos  
**y podamos vivir de verdad esperanzados.**

Llegada la hora marcada se abren las puertas de esta bendita Casa. El murmullo de la gente se deja sentir en el ambiente de la estrecha calle, y un cosquilleo intenso me recorre todo el cuerpo.

¡Qué ganas de salir ya, y de poder presentarle nuestros titulares a esos que ahí fuera les esperan!

La cruz de guía se deja ver y empieza a anunciar al pueblo su venida y la de su madre, que espera agolpado su llegada.

Y una vez dispuesta toda la cofradía en la calle, cada uno participa de la misma desde su sitio intentando cumplir con su cometido de la mejor manera posible.

Esos momentos de nervios previos a nuestra salida procesional, poco a poco se van transformando en brillo en los ojos, y un nudo se hace en la garganta, sobre todo cuando, al llegar junto a la puerta, puedo ver la emoción en la cara de nuestros hermanos más mayores, entre los que recuerdo a Antonio Ramírez, Manolo Vela, Antonio “Cerote”, Antonio “Roío”, Manuel, Antonio de “Pepito Canto” o mi padre, y algunos hermanos enfermos, como mi amigo Ricardo Sicardo, los cuales estoy seguro que darían la vida por poder participar de manera activa en la estación de penitencia.

Y van pasando los años, hermanos, pero la ilusión de este humilde costalero sigue siendo la del primer día, sigo sintiendo ese mismo cosquilleo cuando suena por primera vez ese llamador, y escucho a mi capataz llamar a su gente:

¡Félix!

¡Diiiiimeeee!

¡Venga que voy a llamar, todo el mundo callado ahí abajo y muy atento a lo que se mande aquí delante!

¡“Po” llama cuando quieras!

Esta primera “levantá” vá por los hermanos difuntos que ya no están con nosotros, que el Señor los tenga en su reino, por los que están enfermos y no nos pueden acompañar, para que él los ayude, y por los más mayores, que algunos están aquí delante con nosotros, para que su Señor de la Humildad les dé mucha salud para que puedan vernos muchos años más, y nosotros podamos disfrutar de su presencia en estos momentos.

¡Va por ellos!

Los zancos siempre en el suelo y no se coge ventaja, ¡Todos por igual, valientes! ¡A esta es!

Y todos los cuerpos se aprietan, y empujan hacia arriba como si no hubiera un mañana, se recibe arriba y ese primer contacto con la trabajadera se transforma en escalofrío, en piel de gallina, en alegría y en tristeza a la vez, en emociones, y cuando se escucha el rachear de las zapatillas en este mármol que ahora mismo pisamos, se te pasa por la cabeza multitud de pensamientos. Cada uno busca, entre todos ellos, su motivación por estar allí, su porqué.

Y poco a poco esa primera trabajadera, la de mis grandes, empieza a pisar el escalón de la puerta,

¡atentos a la primera, cogemos el escalón por igual!

¡vamos de frente, y muy atentos a lo que se mande ahora!

Poco a poco vamos encajando el paso en la estrechez de la calle,

¡de frente NOOO, derecha adelante” e izquierda atrás, cuando se vaya pudiendo!

¡de frente no se puede!

¿Puede ser más bonita esta estampa?

Y poco a poco el paso se va enderezando en la calle, hasta que en un momento de explosión se escuchan los sonos de “Virgen de los Reyes”, nuevamente pelos de punta, las lágrimas se salen, y es señal de que el “Galeón de la Calle Hondilla” está en la calle,

¡vamos a trabajar y hacer que la gente disfrute de nuestra Hermandad en la calle!

¡vamos de frente, que la banda viene con ganas, así que el día hay que disfrutarlo, que se acaba muy pronto!

La cara de la gente se empieza a iluminar al ver llegar a Nuestro Señor de la Humildad, algunas lágrimas resbalan por sus mejillas, perfecta estampa la que se puede apreciar al ver caminar, como si estuviese flotando, por la estrecha calle repleta de personas, a ese “Galeón” al son de “A la Gloria” y “Al Compás de la

Laguna”, tocadas por un batallón de excelentes músicos, y las palmas de júbilo se dejan sentir, las mujeres de mantilla se incorporan a la procesión, a la altura de la casa de mi amigo Antonio “El Juez”, y poco a poco la cofradía se va organizando en la calle.

Este año no me ha tocado hacer salida y, a la espera de mi primer relevo, empiezo mi estación de penitencia junto a nuestros hermanos y hermanas, sobre todo ellas, devotos que acompañan a nuestro Señor, justo detrás de su paso.

Llegados a la Calle Real, y a la altura de la Iglesia Parroquial, recibimos el saludo protocolario de mi querida Hermandad Sacramental, a la que le dedicamos una levánta y le deseamos que tengan una buena estación de penitencia en el Domingo de Resurrección.

Un poco más adelante, más o menos a la altura de la calle Esclava, nos detenemos un momento, Nuestra Madre está saliendo en estos instantes y tenemos que aguantarnos un ratito, es momento de recuperar fuerzas para lo que nos queda aún, y para interiorizar el momento que estamos viviendo. De repente se escucha a lo lejos, como si retumbase por la Calle Esclava, el Himno Nacional, señal de que Nuestra Señora de los Dolores está en la calle, otro año más que no he podido verte Madre, pero estoy tranquilo porque sé que estás en buenas manos, nuestros compañeros “los bajitos” son los mejores, y te quieren con toda su alma.

La cofradía empieza a discurrir por las calles de Mairena, la gente nos arropa en todo el recorrido, el ir y venir de personas es constante, y en puntos concretos del mismo se agolpan para ver algún que otro momento un poco más especial. Cómo no, ese saludo a nuestros mayores en Alconchel, acompañado de sus cuidadores y cuidadoras, cómo se les ve la alegría en la cara cuando miran de frente a nuestro Señor Humilde y a Nuestra Madre Dolorosa. Cómo, a pesar de sus achaques, de sus dolencias, en esos momentos se olvidan de todo, y los miran con emoción. Señor, Madre, solo os pedimos mucha salud para todos ellos, y para los que diariamente los atienden.

Continuamos poco a poco, “chicotá a chicotá”, y entre relevo y relevo, y una vez ya en la Calle Ancha, me acerco a darle una vuelta a mis sobrinos, Laura, Pilar y Carlos, y como no a mis dos tesoros, mi Nerea y mi Antonio, que, aunque sé que tanto mi hermana como mi mujer siempre están pendiente de ellos, quiero saber cómo llevan su estación de penitencia.

¡Qué alegría al verlos a todos! Cuando eran pequeños en su tramo de carritos, luego en su tramo de niños, con su capirote quitado, y regalando más caramelos que una cabalgata de Reyes Magos, y ahora desde hace pocos años, ya en su tramo con su antifaz morado puesto en todo momento, ¡Sí, Madre, estos también son y serán morados!

¿Cómo váis, mis niños?

Bien, papi, todavía bien, no nos duele nada. ¿Y tu cómo vas?

Yo también bien, hemos hecho algunos relevos, y vamos todos bien, sin ningún problema.

Papi, nosotros no nos vamos en todo el tiempo, ¿vale? Así que cuando lleguemos a la Hermandad ya te buscamos para irnos para casa.

Vale, me parece perfecto, luego nos vemos.

Y de vuelta a mi lugar, detrás del paso de nuestro Señor, hasta que me toque un nuevo relevo, mi pensamiento me lleva a esa frase de mis hijos: “Papi, nosotros no nos vamos en todo el tiempo, ¿vale?”, ¿hay algo que pueda hacerme más feliz en esos momentos?

Si ellos supiesen que con eso me han dado fuerzas para, junto a mis compañeros, hacer flotar a Nuestro Señor, me han hecho sentir que no lo estamos haciendo tan mal, que hemos sido capaces de transmitir ese cariño, ese amor y ese respeto por nuestro titulares, y, sí, digo hemos, porque este sentimiento hacia nuestro Cristo de la Humildad y Nuestra Madre de los Dolores, es algo que hemos intentado inculcar, tanto mi mujer como yo, a nuestros hijos, ella incluso sin ser hermana de esta mi Hermandad pero sintiéndose como tal, al igual que lo hemos hecho con Nuestro Señor de la Vera Cruz y Nuestra Señora de la Ancilla, sin distinciones, sin prioridades hacia uno u otro.

Sí, hermanos, así se entiende en mi casa el sentido de hermandad, no caben disputas, no se concibe el ego, no somos contrincantes sino compañeros, ya nos lo dijo Él: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”, y nos dio ejemplo, Cristo, que siendo el Hijo de Dios, no se aferró a su divinidad, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, y en su caminar, nos enseñó que la verdadera grandeza se encuentra en la entrega generosa, en el sacrificio silencioso, en la humildad profunda.

La palabra Hermandad, según la Real Academia Española de la Lengua, significa: “*Relación de parentesco que hay entre hermanos.*” así como en su segunda acepción: “*Amistad íntima, unión de voluntades.*”.

Por eso, y a mi modo de entender, una Hermandad, y por supuesto mi Hermandad, no se puede quedar única y exclusivamente en el círculo de estas cuatro paredes, debemos abrir de par en par esas puertas y dejar que todo el mundo entre, que todo el que quiera o lo necesite acceda y se sienta en su casa, desde los más pequeños, esos grupos jóvenes que tantas actividades tienen en estos tiempos, y que serán el futuro de nuestras hermandades, el día de mañana, en nuestro caso, nuestra Juventud Humildad, de la cual tengo el orgullo de que formen ya parte mis hijos y mis sobrinas, hasta los más mayores, dejándoles que participen dentro de sus posibilidades, porque han sido nuestro germen para que seamos lo que somos a día de hoy.

Cuando hablamos de Hermandad podemos caer en la simplicidad de considerar únicamente el escudo que llevamos puesto, pero no podemos perder nuestro norte como cristianos que somos, no debemos olvidarnos de hacer el bien y de la ayuda mutua, porque tales sacrificios agradan a Dios.

Porque Hacer Hermandad ...

- Es preparar un altar para unos cultos de nuestros titulares o para el Corpus Chirsti.
- Es preparar, organizar y gestionar una caseta de Feria, una barra de una velada, una Feria Internacional de la Cerveza o una Romería.
- Es preparar e impartir cursos de formación para acólitos.
- Es organizar una peregrinación a Fátima, Carmona, Utrera o Santiago de Compostela.
- Es montar los pasos para la salida procesional.
- Es organizar un viacrucis.
- Es participar en la representación en otras salidas procesionales.
- Es hacer la ofrenda floral a cada Hermandad en el día de su salida procesional.
- Es preparar la petalá del Jueves Santo, organizar el encuentro entre grupos jóvenes u

organizar los viajes a la playa o las zambombas de Jerez.

- Es participar en la recogida de alimentos para los más necesitados.
- Es solidarizarse con nuestros hermanos valencianos cuando la catástrofe llama a sus puertas.

Pero he de decir que....

Hacer Hermandad también es ver, el pasado Jueves Santo, entrar en esta Casa, su casa, a una pequeña representación de nuestros Hermanos de Vera Cruz, con su Hermano Mayor, mi amigo José Manuel, a la cabeza, para ofrecerle a esta mi Hermandad, ante la nefasta situación meteorológica que teníamos en aquellos días, la posibilidad de que, si se consideraba necesario, organizásemos la procesión en sus edificios en la querida “Calle Coracha”, con el fin de preservar al cuerpo de nazarenos de las posibles lluvias que se esperaban. ¡Gracias Hermano!.

Hacer Hermandad también es ver, cómo mi amigo Miguel Ángel “El Porti”, junto al grupo de “Por las tardes del Camino”, como equipo de logística, asume la labor de responsabilizarse de un gran número de personas, quitándole, incluso, tiempo de vacaciones a sus familias, para realizar la Peregrinación a Santiago de Compostela, ¡Amigo Pepe Navarro (miro a su cuadro), no pudiste dejarnos mejor legado! que el Señor te tenga en su gloria. Hacer Hermandad es ver, cómo mi

amigo “Porti” y mi amigo “José de la Reyes”, este a pesar de no ser hermano de esta nuestra Hermandad, no solo se quedan con la tarea de organizar los desplazamientos y hospedajes de cada etapa, sino que también se autoimponen la tarea de intentar que todo el mundo esté feliz y contento, acompañando en todo momento a aquellos que necesitan un poco más de atención, en la cola del pelotón, a pesar de que ello suponga alguna molestia física para su persona, ¿Verdad José? O contando algún que otro chiste para animar un poco los momentos que se hacen más duros.

No quiero dejar pasar la ocasión de decir que, tanto mi mujer como yo, nos sentimos super afortunados de haber realizado las dos peregrinaciones que hemos hecho, con la Hermandad de la Humildad, a Santiago de Compostela, una en el año 2023 y otra el pasado año, algo que en un principio empezó como una aventura, e incertidumbre por si seríamos capaz de realizarla, porque íbamos algo mermados, pero que finalmente se convirtió en una bocanada de aire fresco, de recargar pilas, de ver paisajes preciosos, de esfuerzo y sufrimiento, de satisfacción y alegría, y por supuesto, de conocer a gente maravillosa, personas a la que veíamos por primera vez o con la que no habíamos tenido relación anteriormente, y después de esos momentos vividos con ellos, a día de hoy les tenemos un gran cariño y aprecio, y a las cuales queremos dar las gracias por todo lo que nos han aportado con esta experiencia.

Gracias a nuestros queridos vecinos visueños y a nuestros amigos sevillanos, cómo no a los del pueblo, a nuestro fotógrafo oficial, Carri, a los jóvenes, a nuestras niñas, a los mayores, a los más lentos y a los galgos, no quiero que nadie se me moleste, pero tengo que destacarlos, darle las gracias especialmente, a los del vagón de cola, los del coche escoba y a mi equipo de “campeones”, Porti, Pepe, Carmen, Jota, Pilar Mateos, María Jesús, Chari, Pilar Moreno, José Manuel y, por supuesto, el alma mater de este grupo nuestro gran José “De la Reyes”, ¡NO SIEMPRE EL LIDER DE UN GRUPO VA EL PRIMERO!. ¡Os queremos!

Hacer Hermandad también es curar los pies de un compañero del camino cuando lo necesita. Gracias Dolo, Concha, Lola.

Hacer Hermandad es ver cómo nuestros hermanos gallegos, de la Hermandad de la Humildad de Santiago de Compostela, sacan parte de su tiempo para recibirnos cuando llegamos a su tierra, y nos hacen vivir unos preciosos días en su compañía, gracias Ricardo, Bea, Santi, Rubén.

Debemos entender que Hermandad se hace en cualquier momento, en cualquier lugar y con cualquier persona, porque...

Hermandad hace mi Borriquita,  
El Cautivo y mi Humildad,  
Jesús, mi Vera Cruz  
y cómo no, la Soledad.  
Mi Señor Resucitado,  
luz que nunca se va,  
y nuestro Cristo de la Cárcel,  
alumbrado por su Mairena está.  
Hermandad es este pueblo,  
devoción en cada hogar,  
fe que enciende nuestras almas,  
y las une al caminar.  
Es más que llevar un paso,  
más que un cirio al alumbrar,  
es vivir siempre en servicio,  
es dar todo sin dudar.  
Hermandad que nos eleva,  
hermandad que nos da paz,  
Mairena es el testimonio  
**De amor, de fe y hermandad.**

Una vez en mi lugar, continuamos el recorrido y a la altura de “Cáritas” nos llegan a nuestros oídos sonidos de cantos y campanillas desde el cielo, ¡si, es nuestro campanillero Diego, que desde hace un par de meses está con su Madre de los Remedios!

Seguidamente, un refrigerio ofrecido por la Hermandad de Vera Cruz, a los pies de la “Calle Coracha”, y “levantá” dedicada a ellos, para que el Señor les permita tener una buena estación de penitencia al día siguiente. Una vez repuestos los cuerpos proseguimos con nuestro caminar ¡Señores, en nada estamos en la plaza, vamos a tomarnos las cosas en serio, que la gente está esperando al Señor con la mano en la mejilla para verlo pasar al son de “Recuérdame” o “Al Rey de los Reyes”!

Al entrar en la Plaza de Antonio Mairena, Plaza de las Flores para los maireneros, saetas dedicadas a Nuestro Señor Humilde, saetas que parecen aliviarle su dolor al escucharlas, y que dan pie a la entrada de nuestro titular en los que podríamos decir que se considera nuestra carrera oficial.

Y ahí nos volvemos a detener porque tenemos que inclinarnos ante la imagen de nuestro Señor de Mairena, Nuestro Santísimo Cristo de la Cárcel, el cual también nos lleva a tener en mente a nuestros hermanos de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Cautivo y Nuestra Señora de la Caridad, quienes han realizado su estación de penitencia el día anterior, y al mismo tiempo, y por eso de ser las dos de mi barrio, de La Barriada, se nos

viene a nuestro pensamiento mi querida Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Nuestra Señora de los Ángeles, la Hermandad de la Borriquita, la cual también ya realizó su estación de penitencia el pasado Domingo de Ramos, por lo cual le agradecemos a Él que les haya ayudado y que haya ido todo lo mejor posible.

Continuamos por Calle San Fernando, a los pies de la callejuela, hoy calle Rosario, nos espera para vernos el abuelo Diego, muy bien acompañado por sus nietos y sus hijos, entre ellos Enrique, y su esposa Loli, ambos mis cuñados, para mi dos hermanos, pero tienen una gran pérdida desde hace varios años, la de la abuela Jacinta de la que en mi casa tanto hablamos, pero mira “cuñao”, ¿la ves allí arriba?, se ha asomado para vernos, con su pelo arreglado y nos está sonriendo con los ojos rasgados y los labios bien pintados.

A continuación empezamos a gatear, como se dice en el mundo del costal cuando viene una cuesta arriba, hasta que pisamos el inicio de “La Plazoleta”, y el capataz nos advierte:

¡Oído ahí abajo!

¡La Plazoleta está que va a reventar de gente, todo el mundo está esperando este momento, así que vamos a disfrutarlo, tranquilos que hay fuerzas suficientes y tenemos relevos de sobra, así que vamos a ser obedientes en el trabajo y mirar siempre por el que llevamos al lado!

Suena “Reina de Reyes” seguida de “Al Cristo de los Faroles” para subir a la entrada a la Ermita de San Sebastián, y a continuación hacer el correspondiente saludo a las hermandades que en la misma se encuentran, Hermandad de Nuestra Señora de los Remedios Coronada, Patrona Canónica y Alcaldesa Perpetua de Mairena del Alcor, Hermandad de Nuestra Señora del Rocío y la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Amargura, para la cual, a esta última, le pedimos a nuestro Señor que les ayude en su estación de penitencia que realizarán en la madrugada del Viernes Santo.

Inmediatamente, y con el fin de reanudar nuestro caminar hacia la casa hermandad, la banda hace sonar “Vida” y “La Esperanza de María”, con lo que la gente allí presente pueden ver cómo se aleja esa imagen del Señor de la Humildad, con esa espalda marcada por el látigo de un hombre que no sabía lo que hacía, y que tan bien supo recrear en su día el gran Castillo Lastrucci.

El camino de vuelta ha comenzado, bajamos Calle José Sarmiento Aguilar y Calle Gandul, para llegar a la Fuente Gorda, donde nos están esperando nuestros hermanos de la Hermandad del Santo Entierro de Cristo y Nuestra Señora de la Soledad, a los cuales también hacemos el protocolario saludo y le deseamos una buena estación de penitencia en la tarde del Sábado Santo.

Y después de este saludo, y antes de retornar al barrio de la peana, se antoja hacer una pequeña

reflexión. Y es que a lo largo del recorrido nos hemos referido a Nuestra Madre y a su Hijo con diferentes nombres, de diferentes maneras, pero no debemos olvidar que la Virgen María es una sola: es la Madre de Jesús, que aparece en los Evangelios, al igual que el Hijo, es Único. Hay distintas advocaciones, diferentes modos de llamarlos, pero siempre debemos tener como meta final a Nuestro Señor, ya que es nuestro Dios y Redentor.

Virgen Santa, en tus mil nombres te exaltamos,  
Madre de los Ángeles, en tu vuelo nos amparamos,  
de la Caridad divina, tú eres el manantial,  
en los Dolores del alma, eres bálsamo vital.

Amargura que disipas con tu amor sin fin,  
Ancilla del Señor, humilde y serafín,  
en la Soledad oscura, tu luz nos guía,  
y en los Remedios de la fe, eres melodía.

Dulce Nombre, en ti la gloria mora,  
Fátima te aclama, en la paz que atesora,  
del Rocío eres frescura, del Rosario eres flor,  
en tus múltiples nombres, hallamos tu amor.

Oh Cristo de la Cárcel, luz en la prisión,  
Señor de Mairena, refugio en la aflicción.

Señor de la Salud, bálsamo divino,  
Cautivo de amor, en cadenas destino.

Santísimo Cristo de la Humildad sincera,  
Que en tu cruz llevaste la más dura espera.

Cristo de la Vera Cruz, árbol de vida,  
Jesús Nazareno, esperanza encendida.

Cristo Yacente, en tu paz reposamos,  
Jesús Resucitado, en ti nos alzamos.

A ti, Salvador, elevamos este canto,  
Por tu sacrificio, amor y quebranto.

Que cada nombre tuyo, sea luz y guía,  
En nuestras vidas, fuerza y armonía.

Santísimo Cristo, a ti la gloria eterna,

**Tu amor nos salva, nos da vida plena.**

Enfilamos el último tramo de la estación de penitencia, subida por la Calle Daoíz y llegada a La Peana, y los sentimientos y sensaciones se entremezclan, empezamos a sentir alegría por el trabajo realizado y al mismo tiempo tristeza porque esto se acaba, y habrá que esperar un año para volver a repetirlo, si Ellos así lo quieren, pero en mi cabeza, sobre todo, vuelve a reiterarse la misma plegaria de siempre, hacia mi Cristo de la Humildad y mi Virgen de los Dolores, salud y paz para todos, que el año que viene podamos revivir los momentos que acabamos de compartir.

Y al son de las zapatillas racheando en la preciosa Calle Hondilla, el “Galeón” se va encajando nuevamente en la estrechez de la misma. Los candelabros iluminan la excelsa imagen de Nuestro Señor, parece que está vivo, parece como si de un momento a otro se fuese a levantar de esa piedra y retomar su camino hacia el Calvario.

La gente espera su llegada con emoción, y los que hemos tenido la fortuna de estar a sus pies, en estos últimos instantes de este día, en estas últimas chicotás, aguantamos los kilos que se vienen encima, con el único objetivo de que todos los allí presentes puedan disfrutar de su presencia, para darle las gracias y hacerle las peticiones que deseen, antes de que haga la entrada en su Casa Hermandad.

Empieza a sonar “La Saeta”, la banda parece que acaba de empezar, y mis compañeros de trabajaderas y

yo no queremos que esto se acabe, y al instante escuchamos la voz de nuestro capataz:

¡Oído mi gente, con mucho mimo, como el Señor se merece!

¡poco a poco, no correrme, que no hay prisas, siempre atentos a lo que se mande aquí delante!

¡que el Señor está orgulloso de ustedes!

Y un escalofrío me recorre todo el cuerpo, no puedo contener las lágrimas. Poco a poco vamos entrando en la Casa Hermandad y una vez dentro vuelve a sonar “A la Gloria”, señal de que ha llegado la última chicotá de este año, a los pies de mi Cristo de la Humildad.

Señor de la Humildad, a Ti elevamos nuestros corazones con reverencia y asombro. En Ti encontramos el reflejo de la grandeza verdadera, no en el poder terrenal, sino en la capacidad infinita de amar sin condiciones, de servir sin esperar recompensa.

Te contemplamos, Señor, cargando la cruz con mansedumbre, aceptando el sufrimiento con una dignidad que solo el cielo conoce. En cada paso, en cada caída, nos enseñas que la verdadera fuerza reside en la entrega, que el verdadero poder se revela en la capacidad de perdonar y amar incluso a aquellos que nos hieren.

Nos llamas a seguirte, a renunciar a nuestros orgullos y a abrazar la cruz que nos conduce a la vida

verdadera. En tu silencio ante la injusticia, en tu paciencia ante la burla, nos das una lección eterna de cómo enfrentar el mal con el bien, de cómo transformar el dolor en redención.

Señor de la Humildad, que tu ejemplo transforme nuestros corazones, que podamos verte en el rostro de los humildes, de los que sufren, de los que esperan con fe. Que nos inspire a buscar siempre la paz, a tender la mano al que sufre, a ser testigos de tu amor en medio de este mundo herido. Que bajo tu guía, aprendamos a vivir con sencillez, a amar con pureza, y a servir con generosidad, siguiendo siempre tus pasos, hasta que podamos contemplarte en la gloria, donde reinas eternamente con el Padre y el Espíritu Santo.

Pero todavía nos queda el final de la estación de penitencia, ver aparecer por esa puerta a Nuestra Madre, Nuestra Señora de los Dolores.

Justo antes, he de recibir la llegada de mis hijos, una vez finalizada su estación de penitencia, ellos saben dónde estoy esperándolos, delante del paso de mi Señor, y con lágrimas en los ojos y con el corazón feliz nos damos un abrazo, ¡papi, quédate tranquilo que aquí hay semilla Humilde, que está floreciendo!

Pasados unos instantes, se empiezan a escuchar, a lo lejos, sonos de clarinetes y trompetas, ya se acerca Ella, ¡qué ganitas de verte, Madre!

Cada vez está más cerca, hasta que de pronto podemos vislumbrar la claridad de su candelería,

completamente encendida, que resplandece en las paredes de las fachadas vecinas.

Y al ritmo de los varales, que vienen acariciando los balcones de la calle, ¡qué bonita la traéis, mis bajitos!, se va cuadrando justo delante de nuestra mirada, y la volvemos a perder cuando avanza calle abajo, pero solo será por un instante.

Poco a poco, y sin prácticamente movimiento alguno, a pulso aliviado, y al son de “La Madrugá”, el paso va subiendo, y cuando todos los cuerpos están firmes, los varales, nuevamente, empiezan a escucharse, empiezan a sentirse, el silencio se hace en la calle, y esos hermanos humildes, que llevan sobre su cuello a Nuestra Madre Dolorosa, empiezan a caminar con ella para llevarla a su casa.

Aún tengo en mis oídos, de nazarenito de capirote morado, como si fuese ayer, las palabras que mi amigo Sebastián Sicardo dedicaba a su cuadrilla en esos momentos en los que tocaba su llamador, las cuales no puedo, ni quiero olvidar,

¡Señores, “La Madrugá” dura siete minutos y medio, así que tranquilos, no correrme que yo no tengo prisa y Ella tampoco!

¡Atentos a la música, que esto se nos va!

¡Poco a poco, la izquierda atrás!

¡El costero derecho se me viene arriba!

¡Tranquilo que váis a entrar solitos!

¡Asíiii, como solo ustedes sabéis!

¡Disfrutarla que se nos va!

¡No se pisa el pollete!

¡Sintiéndola de corazón!

¡Pajiiii, vamos a perder movimiento lateral!

¡Seguimos poco a poco!

¡Vamos de frente, que ya está en su Casa la Madre de Dios!

¡Menos paso quiero, poco a poco, que esto se acaba!

¡Bueno, ahí quedó!

¡Por toda la Hermandad de la Humildad y por sus hermanos costaleros, del Cristo y de la Virgen!

¡Hasta el año que viene si Ella quiere!

## **DESPEDIDA:**

Y después de ese último golpe de llamador, el final de mi sentido y disfrutado Jueves Santo, se va acercando, ¡no quiero que se acabe este día! ¡ha sido una maravillosa y gratificante experiencia!, pero como es ley de vida, todo lo que empieza se acaba, pero no me puedo ir sin antes agradeceros que me hayáis acompañado en esta, Mi Estación de Penitencia, y, a su vez, despedir a nuestros seres queridos que, en esta bonita tarde, me han acompañado en alma desde ese Balcón de la Gloria, ¡Si, Amigos!, Os hemos sentido a todos aquí con nosotros, y yo especialmente os he tenido en mi corazón, ¡sabía que no faltaríais a mi cita!.

Gracias por todo lo que nos habéis aportado en vida, y por cuidarnos, ahora, desde ahí arriba. ¡BESOS AL CIELO!

Y tú, Madre, no llores, que no estás sola,  
aquí tienes a tus hijos que te quieren y que te adoran.

No llores Madre, que no estás sola,  
que siempre serás nuestra guía cuando el dolor nos asoma.

No llores Madre, que a mi el cuerpo se me corta,  
cuando las lágrimas divinas tu cara rozan.

Profecía de Simeón que tu pecho atraviesa,

huida a Egipto en la noche, en dolor y en tristeza.

La pérdida del Niño en el templo lejano,  
y el encuentro en el monte, con la cruz en sus manos.

La crucifixión cruel en el monte sombrío,  
el cuerpo en tus brazos, descendido y frío.

Y en la tumba lo dejas, en silencio y fervor,  
siete espinas en el alma, siete penas de amor.

Siete Dolores,  
como siete puñales  
¿cuánto daría yo Madre?  
por aliviar tus males.

Descansa madre, descansa,  
que tu trabajo ya está hecho,  
que aquí abajo no te olvidamos,  
te seguimos queriendo,  
estás presente a diario,  
aunque te echamos de menos,  
me faltan tus llamadas cada noche,  
pero tengo presente tus palabras y tus consejos.

Cuanto daría yo, madre,  
por besar ahora tu cuello,  
por rascarte la espalda,  
y escucharte sonriendo,  
eso es lo que en mi corazón me llevo,  
haberte sacado una sonrisa  
y a la vez un sentimiento,  
un sentimiento de amor,  
de un amor mutuo que será eterno.

Cuida de tus niños, de tus nietos,  
que ellos te sigan sintiendo.  
Cuántas veces te nombran  
siempre dando y atendiendo,  
esa es tu victoria, madre,  
que te recuerden sonriendo.

El gordo está bien,  
aunque lo está sufriendo,  
con lo machito que era él  
y ahora está siempre tierno,  
pero no te preocupes, madre,  
nosotros lo estamos atendiendo.

No podemos sustituirte  
siempre estará tu hueco,  
pero como tú bien nos enseñaste  
atender a los mayores no tiene miramientos.

Espérame ahí arriba gordita,  
para cuando llegue mi día,  
espero que aún tarde,  
porque mis pequeños nos necesitan todavía.

¿Y yo que te digo más, Madre?

¿Qué te digo que no te haya dicho?

Que TE QUIERO, que gracias por todo, por darme  
la vida, por educarme, por comprenderme, por  
apoyarme, por reñirme, por abrazarme, por besarme,  
GRACIAS, GRACIAS Y GRACIAS, TE QUIERO.

Y ahora si Señor, ¡DALE EL DESCANSO  
ETERNO! ¡AHÍ QUEDÓ MI QUERIDO JUEVES  
SANTO Y MI ESTACIÓN DE PENITENCIA!, **pido**  
**tu bendición y que se haga tu voluntad.**

**HE DICHO**